

no son un secreto para nadie... excepto para el marido.

—¡Cómo! ¿hay un marido de por medio?

—Sí; se trata de una mujer casada.

—¿Cómo se llama? Quiero saber su nombre—exclamó Zoé.

—Todo el mundo os lo dirá... Es la marquesa de R...

—¡La marquesa de R...!—repitió Zoé, á quien este nombre no aparecía en su memoria más que de una manera confusa.

—Sí, la marquesa de R...—repuso la señora de Bonneville.—La conoció en el Havre, en el mes de Septiembre último, cuando desembarcó en Francia. Además, le salvó la vida... y más tarde... ya comprenderéis...

—¡Pero—exclamó de pronto Zoé Lacassade— la marquessa de R..., la mujer de que me habláis, es Matilde Simonnet!

—Sí, la heredera de mi antiguo vecino y amigo Claudio Guérin... Precisamente por eso conozco esta historia... ¿Cómo me hubiera ocupado si no de semejante aventura?... Lamento habéroslo contado, pues veo que os he trastornado. Sobre todo no habléis de ello á la señorita Guérin... ¡Pobre niña!... Hasta la vista.

## XXXIV

Si bien las mujeres de nuestras colonias son caritativas y generosas, no son, en cambio, á veces muy discretas. Y no es que sean más charlatanas que las parisienses y las demás francesas, sino que, aparte de su carácter, la viveza de su imaginación, la exaltación de su cabeza, les hacen más comunicativas, más ardientes en la expresión de los sentimientos que agitan su corazón. Sus buenas cualidades se truecan en defectos, y conforme á una frase, si vulgar, muy gráfica, no saben guardar nada. ¡Ah! Si Zoé Lacassade hubiera tenido ménos cariño á Juana Guérin, si no la hubiera considerado como á hermana, como á hija; si no la hubiera querido más que á sí misma, hubiese hallado fuerzas bastantes para callar lo que acababa de saber. Pero la revelación de la señora de Bonneville la conmovió profundamente y la indignó tanto como hubiera podido conmover é indignar á la misma Juana Guérin...

No contento con engañar á la mujer de quien quería hacer su esposa, no contento con sostener ilícitas relaciones en vísperas de su matrimonio, Roberto de Meillant elegía para manceba á la enemiga personal de Juana, á la que le había arrebatado el cariño y la fortuna de su tío. ¡Y si á esto se hubiera limitado su conducta!... Pero, además, aquella mujer era la

causante de todos sus disgustos, de todos los sinsabores que había sufrido el capitán Guérin, y de su muerte por conclusión.

Si por acaso hubiera heredado, como era natural suponerlo, ¿se hubiera cometido cinco años más tarde el robo y el asesinato? ¿No conocía Roberto de Meillant hasta los menores detalles de aquel suceso? En sus conversaciones con Juana, ¿no había hecho á Matilde de Simonnet responsable de aquel robo, de aquel crimen, de la ruina de su prima, de su desesperación? ¡Ah! y en tanto que la juzgaba así, y la acusaba, y aparentaba despreciarla, veíala secretamente... ¡era su amante!

Cuando quedó sola en el salón, Zoé Lacassade, con el rostro encendido, brillante la mirada, en desorden los cabellos, empezó á pasearse febrilmente, gesticulando y hablando en voz alta, quejándose de Roberto y lanzándole mil denuestos.

Mas de repente suspendió su paseo, y se preguntó si debía dar crédito á las confidencias que le acababan de hacer. ¿Quién era aquella señora de Bonneville? ¿De dónde venía? ¿Qué confianza podía inspirar?

Después de rendir este tributo á la prudencia y á la duda, Zoé se preguntó qué interés podía tener aquella señora en calumniar al señor de Meillant. Recordó que vacilaba al hablar; sus reticencias, su nombre, que en efecto le era conocido; su aire respetable, la simpatía que demostrara profesar á Juana. Además, la señora de Bonneville no decía: *He oído*, sino: *Nadie lo ignora, excepto el marido...* *Esas re-*

*laciones son de todos conocidas, son un hecho indudable.* La duda no era posible.

Indicios á los que no había concedido hasta entonces importancia, presentábanse á su memoria y deponían contra Roberto. Hacía tres meses que le veía visitar á Juana con menos asiduidad que antes; ya no era tan solícito, tan amante; era el amigo, el pariente servicial, cortés, pero no el enamorado, el novio. Juana también había notado aquella frialdad, que le hacía sufrir; y como la causa de tal conducta les era desconocida, supusieron que motivaban la reserva del señor de Meillant sus muchas ocupaciones y la preocupación á ellas aneja. Zoé se lo explicaba ahora de muy diverso modo. Era preciso, por desgracia, asignarle otra causa.

Impresionable, exaltada aun en situaciones normales, aun tratándose de los detalles de la vida habitual, la señorita Lacassade, en el estado en que se hallaba, concluyó por perder la cabeza. Ya no interrumpía su paseo, como hasta entonces, para sentarse y procurar alguna calma á su espíritu é intentar hacer hablar á su razón; andaba levantando los brazos al techo y exclamaba: *¡Es una indignidad habernos engañado así!* A poco más hubiera dicho: *Huberme engañado así*, pues tan personal le parecía la injuria y de tal suerte le hacía sufrir. Estaba celosa de Matilde Simonnet, como si se tratara de ella misma, y, si la hubiera cogido en el salón, de seguro le arranca los ojos. Pero se hallaba sola, tan sola, que estaba reducida á recitar monólogos que nadie

oía y á hacer aspavientos que nadie veía. Luchaba en el vacío. Su pensamiento iba de Matilde á Roberto, y exclamaba:

—¡Oh! si pudiera decirle lo que me parece su conducta, tratarle como se merece... ¡Si se le ocurriese venir en este momento, si entrara en este salón!... No, no vendrá hasta la noche... si viene... y no podré hablarle con entera libertad porque Juana se hallará presente.

Se detuvo, reflexionó un instante y exclamó:

—¡Si fuera á su hotel!... ¿Por qué no?... ¿Quién me lo impide? Esta es la hora en que vuelve á casa á despachar el correo, á descansar de sus correrías. Le hablaré... le diré lo que acabo de saber... Si le han calumniado, se defenderá. Si me han dicho la verdad, gozaré aplastándole... le trataré como al más despreciable de los hombres. En su casa, al menos, esta escena quedará entre los dos. Juana no sabrá nada, lo ignorará siempre... ¡Ah! Si ya no la ama, si no se casa con ella, no necesita saber los motivos... aunque sufra demasiado la pobre niña... Sí, es lo mejor. Voy á su hotel. No temo comprometerme... No soy mujer... soy una buena amiga.

Tomada esta resolución, y sin más reflexiones, Zoé Lacassade se echó un chal sobre los hombros, cubrió sus cabellos con una cofia, cerró la puerta de su habitación, y después de encargar á la portera que dijera á Juana, si volvía durante su ausencia, que regresaría pronto, se encaminó en derechura á la calle de Helder.

Conmovida como nunca, fija en su idea, preparando las contestaciones que había de dar á Roberto, gesticulaba por la calle como en su casa, y las personas que encontraba al paso deteníanse para mirarla.

Cuando llegó al hotel, dirigióse resuelta al despacho y preguntó si el señor Roberto de Meillant se hallaba en su cuarto. Contestáronle afirmativamente.

—Vive aún en el primer piso, ¿verdad?— repuso Zoé, que ya había estado otra vez á visitar á su compatriota.

—Sí, en el principal; la puerta que está enfrente de la escalera, núm. 2. Abriréis la primera puerta y llamaréis en la segunda.

Zoé subió las escaleras despacio, contra su costumbre, deteniéndose en cada escalón y apoyada en el pasamanos. Recogíase para obrar.

Llegada al primer descanso de la escalera, frente al núm. 2, quiso abrir la primera puerta, como le habían indicado. No había campanilla, ni llave en la cerradura, ni agarrador para levantar el pestillo. ¿Se habrían equivocado los dependientes del hotel al afirmar que el señor de Meillant estaba en casa? Iba á bajar para preguntarlo de nuevo, cuando una camarera del hotel, viéndola parada en la escalera, y juzgando por su descuidado traje que sería alguna dependiente de almacén que iba á llevar una cuenta, le dijo:

—No os abrirán: en el núm. 2 hay gente.

—¡Cómo!— replicó Zoé candorosamente;— eso no es una razón para que no me abran.

—Según y conforme—dijo la doncella.—La persona que está encerrada en ese cuarto puede desear que no la vean.

Estas palabras chocaron á Zoé Lacassade. Iluminaron en cierto modo su espíritu, ya sobreexcitado, y pronto desde hacía algunas horas á admitir toda suposición, toda sospecha... ¿Iría Matilde Simonnet á casa de Roberto? ¿Se hallaría en aquel momento á su lado? ¿Estarian encerrados juntos? ¿Cómo saberlo, cómo adquirir inmediatamente la certeza de lo que le interesaba en tan alto grado?

—Si llamo—se dijo,—tal vez salga á abrirme... Entonces, al reconocermé, no se atreverá á negarme la entrada, y, si lo hace, sabré á qué atenerme.

Pero no se atrevía á llamar. Estaba trémula; su corazón palpitaba presuroso á la idea de que su rival, sí, su rival, se hallaba allí, detrás de la puerta, en aquel aposento.

Por fin llamó una vez, dos veces, primero tímidamente, luego más fuerte, con cólera, casi con violencia.

No respondieron á su llamamiento. Iba á llamar de nuevo, cuando acudió un camarero y le preguntó qué hacía allí y con qué derecho escandalizaba en aquella casa, amenazándole con hacerla prender por promover un escándalo en un establecimiento público.

Tuvo que separarse de aquella puerta, bajar la escalera y salir del hotel. Pero, una vez en la calle, en lugar de volver á su casa, Zoé Lacassade reflexionaba andando, febril, agitada, furiosa, y se decía:

—*¡Es ella, es ella!* Estoy segura... Por eso no ha abierto la puerta. ¡La veré! ¡Quiero verla, quiero cerciorarme de lo culpables que son!

Esperó diez minutos. En cualquier otro momento del día hubiera llamado la atención y habría visto interrumpido su excéntrico paseo; pero era de noche y la calle de Helder estaba casi desierta. Por fin vió á una mujer que salía del hotel. Acercóse á ella y reconoció á Matilde Simonnet, á quien había visto otra vez en casa del notario de Juana.

## XXXV

Era de temer que Zoé Lacassade, en el estado de exaltación en que se hallaba, tuviera tentaciones de arañar á Matilde Simonnet. Tal vez lo hubiera hecho á ser Matilde, no ya tan pequeña como ella, que era difícil, sino algo menos alta; pero en presencia de la estatura imponente de su enemiga vaciló. Las personas de poca talla, á pesar de su bravura, intimidan-se á su pesar delante de los colosos, y la bella marquesa de R... era un coloso para Zoé Lacassade.

Contenida en lo físico en el momento de lanzarse á la lucha, Zoé se contuvo asimismo bajo lo moral. Su educación colonial, su gran honradez, la pureza de su vida obligábanle á ser severa con una ex artista de teatros de segun-

do orden, con una cazadora de herencias, con una marquesa de ocasión: temía comprometerse con aquella advenediza.

Así, pues, apenas la hubo reconocido, la midió con la vista, hizo un brusco movimiento de retirada y subió la calle de Helder, en tanto que Matilde Simonnet, sin preocuparse, al parecer, por ella, tomaba asiento en un coche de plaza y se alejaba rápidamente.

Zoé Lacassade estaba tanto más furiosa, cuanto que se había contenido mucho. Ya no andaba; corría, volaba, batiendo el aire con sus brazos, que agitaba al compás de sus piernas. Tal paso llevaba, que en menos de cinco minutos llegó á la calle de Châteaudun.

Al subir la escalera acortó el paso. Cerca ya de Juana Guérin, intentaba calmar la agitación que le vendía. Estaba muy resuelta á callar, á ocultar á su amiga lo que acababa de descubrir; pero no contaba con su cólera, con la exuberancia de su naturaleza y la necesidad de procurarse una expansión de que ya hemos hablado.

No bien estuvo al lado de Juana, cuando ésta, al verla encendida, despeinada y sin aliento le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Qué te ha sucedido? ¡Habla!... ¡Habla pronto!

—Nada—dijo Zoé echándose en una butaca;—no tengo nada, absolutamente nada.

—Pero...

—¿Qué quieres que tenga?—replicó impaciente.

—No quiero nada—dijo Juana con dulzura;

ra;—pero estoy obligada á notar tu turbación, y aun pudiera decir tu agitación.

—Te equivocas—repuso Zoé con sequedad.

Y se volvió de espaldas á Juana, como para huir de sus miradas.

Por el momento no hubieran pasado de aquí las cosas. Discreta por temperamento, reconcentrada en sí misma, menos expansiva que su amiga, Juana hubiera respetado la reserva y el mutismo de Zoé, y ésta, no viéndose preguntada, se hubiera limitado á seguir en silencio. Su cólera hubiera abortado en vez de estallar; pero, desgraciadamente, la señorita Guérin, que pensaba siempre en su primo, tuvo la ocurrencia de decirle:

—Roberto me había prometido hacerme una visita antes de comer... ¿Cómo no habrá venido? ¿Estará indispuerto... enfermo?

—¡Indispuerto! ¡Enfermo!—dijo Zoé estallando.

Y, pasando de la cólera á la ironía, repitió:

—¡Indispuerto! ¡Enfermo! ¡Él!...

Maravillada por estas palabras, y sobre todo por el tono con que las pronunciaba Zoé, Juana se acercó á su amiga y le dijo:

—¿Por qué te expresas en ese tono? ¿Por qué hablas de Roberto con esa animación?...

¿Qué te ha hecho?... ¿Qué le sucede?... ¿Tiene él la culpa de que te halles en ese estado?

—¿Qué estado?

—Mírate, pues—dijo la joven llevando á Zoé frente al espejo de la chimenea.

La señorita Lacassade no tuvo á bien contemplar su imagen. Comprendía que no se ha-

llaba en su estado ordinario, y por coquetería no quiso ver la alteración de sus facciones. En vez de continuar de pie delante de la chimenea, como Juana la había colocado, volvióse de espaldas bruscamente.

—¡Déjame en paz!... ¡déjame en paz!— dijo.—No se atormenta así á nadie, á nadie se le da tal tormento. No es lícito arrancar de ese modo á nadie sus secretos.

—¡Sus secretos!—dijo Juana.—¿Conque tienes un secreto? ¡Secretos conmigo... con tu amiga, con tu hermana... con tu hija!

Y, cogiendo á Zoé por la cintura, apoyó su indo rostro en la cabeza de su amiga y fijó en ella una dulce mirada.

La señorita Lacassade intentó aún defenderse, marcharse... ¡Inútil trabajo! Cuando era dueña de sí misma, nunca sabía resistir á su niña mimada. ¿Cómo no sucumbir entonces, en aquel momento de efervescencia?

—Habla, mi querida Zoé—le dijo la joven con su más dulce y cariñoso acento.—¿No hemos convenido que nos lo diríamos todo?... Nunca debe haber secretos entre nosotras, ni reticencias en nuestras palabras... Lo hemos jurado... ¿no te acuerdas?

—Sí, sí, me acuerdo—decía Zoé cada vez más débil.

—En primer lugar—continuó Juana,—te violenta el mostrarte conmigo tan reservada... Sufres porque no hablas... se está viendo... ¿De qué se trata?... No me ocultas una buena noticia, porque te hubieras apresurado á comunicármela. Se trata de algo que debe causarme

disgusto... ¡quién sabe si pesar!... No temas decirme. Estoy acostumbrada á sufrir.

Enternecida, conmovida en extremo, olvidando la promesa que había hecho, perdida la cabeza, Zoé cometió la imprudencia de pronunciar estas palabras:

—Aún puedes sufrir más.

Juana palideció, se llevó la mano al corazón, y dijo:

—¿Conque se trata de Roberto?

Y como Zoé, que había notado la falta cometida, callara, la joven exclamó:

—¡Oh! Has dicho demasiado para que no concluyas... Quiero saberlo... ¡lo quiero!...

Zoé comprendió que, en efecto, ya no podía callar. Además, ¿á qué resistir, á qué luchar más? ¿No llegaría un momento en que su secreto saldría á la superficie? Sin embargo, halló en el cariño que profesaba á Juana bastante presencia de ánimo y sangre fría para no estallar de golpe, para no ceder sino poco á poco, tratando con mimo á aquel corazón que iba á desgarrar. Habló primero de la señora de Bonnevillle. Aunque Juana le invitaba á llegar pronto al final de su relato, extendióse en los primeros detalles de aquella visita, y sólo después de muchos rodeos abordó la parte interesante de la conversación, la concerniente á Matilde y Roberto. A las primeras palabras que sobre el particular dijo, Juana la interrumpió exclamando:

—¡Eso no es verdad!... ¡Eso no es verdad!... ¡Es una calumnia!

Zoé no insistió. No le disgustaba que las co-

sas tomaran aquel sesgo. Su secreto no le torturaba ya, acababa de entregarlo, y afortunadamente no causaba el efecto que temía. Juana tenía tanta fe en su primo, que se negaba á creerle culpable. Era justo.

Sin embargo, aun protestando, Juana reflexionaba. Si le hubiesen dicho: *Roberto de Meillant ha cometido una mala acción*, hubiera contestado, como acababa de hacerlo: *¡Es imposible, es falso!* Pero el amor es más miedoso que la amistad; admite lo que ésta rechaza. La duda y los celos han nacido del amor; á él pertenecen y de él dependen. La amistad cree; el amor teme.

Juana reflexionaba, pues, sobre la conducta de Roberto durante las últimas semanas, en su reserva para con ella, en sus visitas, cada vez más cortas y menos numerosas. Ya no se sentaba, como en otro tiempo, á su lado; ya no le hablaba, con sus manos entre las suyas, con los ojos fijos en sus ojos. Había notado todo esto y sufría por ello, sin comprender el motivo de aquella frialdad relativa. Ahora temía adivinarlo.

Entonces interrogó de nuevo á Zoé. Quiso conocer todos los detalles de aquella conversación con una extraña que tan al corriente parecía estar de los dichos y hechos del señor de Meillant, y Zoé, abrumada á preguntas, estrechada de cerca, sin fuerzas para resistir, y como Juana conmovida, dijo todo cuanto sabía.

Y dijo también cuanto había hecho. Le enteró de que quiso tener acto seguido una explicación con el señor de Meillant; de que había

ido á su casa, y el descubrimiento hecho con tal motivo, y de su encuentro con la marquesa de R..., que salía de casa de Roberto.

Zoé no hablaba ya á Juana Guérin; hablaba consigo sola. No hacía una confidencia, se entregaba á un á modo de aparte. Como antes, indignábase por su propia cuenta. Ella era la joven sacrificada, la abandonada novia, la víctima. Deshaciase en recriminaciones, en reproches, en injurias personales.

Por fin echó de ver que no estaba sola, que alguien la escuchaba; que, si ella sufría, también sufrían á su lado. En efecto, Juana, impasible hasta entonces, al menos en apariencia, que había enmudecido para saberlo todo, una vez enterada, deshaciase en llanto. Conmovía la desesperación de la niña crédula, amante, confiada en el porvenir, que veía de repente desvanecerse sus queridas ilusiones y cubrirse de nubes su hermoso cielo iluminado por el sol de la dicha. Era también una desesperación de criolla, ardiente, apasionada, celosa hasta el extremo.

## XXXVI

Zoé Lacassade lamentó entonces haber hablado. Intentó primero tranquilizar á su amiga, consolarla. Cogíale una mano, estrechábala contra su pecho, besábale la frente, los ojos, las mejillas y los cabellos, y decía:

—¡No llores, no llores, te lo ruego! Me haces mucho daño.

Y, suplicándole que no llorase, lloraba ella más aún, y se lamentaba y retorcía los brazos. Luégo, pasando del extremo dolor á la extrema cólera, la dirigió contra sí y empezó á injuriarse y á colmarse de invectivas.

—¡Imbécil!— se decía.—¡Torpe, picara habladora, que no sabe callarse nada! Me había prometido callar; había jurado no decir nada... y de corrido he dicho cuanto sabía, como una necia... Merecía que me cortaran la lengua... Verdad es que hace mucho tiempo que debían haberlo hecho, por las muchas majaderías que he dicho en mi vida... Pero no eran nada en comparación de ésta... No se puede ser más estúpida, no; es el colmo de la estupidez...

Así gritaba, furiosa, como si alguien protestara y la desmintiera.

Con su habitual viveza se interrumpió de pronto, se paseó por el salón, acercóse á Juana, se echó á sus pies y le dijo:

—¿Me perdonas?

Juana, algo más tranquila, le respondió:

—¿No hubiera sabido la verdad tarde ó temprano? ¡Ah! Ahora lo comprendo, lo veo claro... Hace mucho tiempo que no pensaba casarse conmigo. Algún día se hubiera visto obligado á decírmelo... Prefiero haberlo sabido por ti.

Al pronunciar estas palabras rompió á llorar de nuevo, y Zoé, que quería tranquilizarla á toda costa, no sabiendo ya lo que decía, replicó:

—Exageras; el señor de Meillant piensa aún casarse contigo, sólo que...

—Sólo que— continuó Juana— ama á otra.

—No—repuso Zoé.—¿Acaso es posible amar á esa especie de mujer?

—¿Por qué? La marquesa es muy hermosa.

—No vale tanto como tú.

—Vale más que yo, pues que me abandona por ella.

—Él volverá—dijo Zoé completamente fuera de sí.

Juana se había levantado y enjugado las lágrimas, y con la cabeza erguida, ademán altivo y breve acento exclamó:

—¿Dices que volverá?... Puede que se digne volver. En efecto, tienes razón... Se casaba conmigo de lástima... por consideración; cumplía con lo que creía su deber para con una pariente... una huérfana, y puede que aún quiera llenar ese deber. Me llevará á las colonias para hacerme su esposa, después de un año pasado en Francia en compañía...

Se interrumpió, hizo un gesto de desdén, y repuso, siempre erguida y altiva:

—¡No, no... yo no acepto eso! No quiero esa abnegación, ese sacrificio. Le devuelvo su palabra. Que marche sin mí. Me quedaré sola, sola... Mi hermoso sueño concluyó...

Un sollozo ahogó su voz; el dolor triunfaba de la arrogancia.

Zoé, que había experimentado los mismos sentimientos que su amiga y pasado por las mismas fases, esto es, de la desesperación al desdén, desesperóse de nuevo al mismo tiempo

que Juana y, como ésta, rompió también á llorar. Pero Juana no lloró mucho. La joven que hemos intentado describir al principio de este relato, resuelta, enérgica, la criolla ardiente, dispuesta siempre á tomar una decisión intrépida en la ejecución del concebido proyecto, acababa de despertar.

—¡No quiero verle más!... ¡no quiero verle más!—exclamó de repente.—Temeroso de causarme pena, me engaña, me miente. Quiero poder estimar aún al pariente y al amigo. Es preciso que no me encuentre más aquí.

—¡Cómo!—exclamó Zoé Lacassade.—¿Quieres marcharte?

—Sí, ahora mismo. Puede venir esta noche.

—¿Y adónde piensas ir?

—No lo sé; poco importa... Salgamos.

—En marcha, pues—dijo Zoé, tan resuelta como su amiga, enérgica como ella en las grandes circunstancias, criolla como ella y más que ella.

Levantóse y se encaminó á su cuarto.

—¿Adónde vas?—preguntó Juana.

—Voy á dar orden á Sofia de que prepare un saco de noche y un baúl.

—Sofia no está en casa—dijo Juana.—Cuando volvimos del cementerio, la envié á un recado bastante lejos.

—Debe estar de vuelta—replicó Zoé.—Hace un momento, cuando llorabas, oí ruido cerca de nosotras.

—Anda, pues.

Zoé abrió la puerta, entró en la piececita contigua al salón, y, como no encontraba allí

á Sofia Blanchard, la buscó por los demás aposentos de la casa. Volvió al poco rato diciendo:

—Tenías razón, no está en casa. ¡Pero es extraño! Juraría que habia alguien por aquí cerca de nosotras. Será sin duda algún vecino—añadió.—Las paredes de esta casa son poco gruesas... ¡Ah! ¿escribes?

—Sí—dijo Juana, que se había sentado delante de un pequeño escritorio.—No tengo valor para abandonarle sin prevenirle... Quiero devolverle su palabra, su libertad... La novia pudiera huir de él sin explicaciones; la pariente debe decirle *adiós*.

Y mientras Zoé salía á preparar la partida proyectada, Juana escribió:

*Me ausento por algún tiempo de París, primo. Hoy he echado de ver que era un estorbo para vos... Recobrad vuestra libertad más completa... Consagrad vuestro tiempo á...*

Detúvose y añadió:

*A quien ha sabido conquistar vuestro cariño... Sólo me resta daros las gracias por todas las bondades que habéis tenido conmigo. Nunca las olvidaré, creedlo, y os quedaré por ello eternamente agradecida. Pero en este momento, por el respeto que os debo, por el que me debo á mí propia, es necesario que parta. Adios.*

En el acto de firmar tuvo un momento de debilidad, hizo una concesión á su dolor, y añadió estas palabras:

*Sufro, sufro mucho.*

Luégo, sin dejar de sollozar, continuó escribiendo:

*Tu prima, que te ama mucho.*

Y firmó:

JUANA.

Cuando terminaba la carta, Zoé volvió á entrar.

—Todo está preparado—dijo.—He consultado además un itinerario del camino de hierro. Dentro de media hora sale un tren para el Havre. ¿Quieres que vayamos al Havre? Me parece que eso nos acercará á nuestro país.

—Vamos al Havre—dijo Juana desfallecida, respondiendo maquinalmente á la pregunta de su amiga.

Sofía Blanchard acababa de entrar. Zoé le participó que Juana y ella, cuya presencia en provincias era muy urgente, salían de París por algunos días. Encargábasele de la casa, y le anunciaban que le escribirían más tarde para darle instrucciones, si de ello había necesidad.

—¡Qué sola voy á estar!—dijo Sofía con tristeza.

Pidió permiso para acompañar á sus señoras hasta el camino de hierro, y se lo concedieron; pero Juana le rogó que no tardara en volver, para que entregase al señor de Meillant, si iba por la noche, una carta que había dejado en la mesa del salón.

Después salieron las tres de la casa. Juana echó una larga mirada á aquel salón en donde se había creído amada y en donde había amado con toda su alma.

### XXXVII

A eso de las nueve de la noche, Roberto de Meillant llamó á la puerta de la casa de su prima. Sofía Blanchard, fiel á la consigna que había recibido, abrió.

—Buenas noches, mi buena Sofía—dijo Roberto, que se dirigió al salón en donde le recibían generalmente.

Pero Sofía le detuvo con estas palabras:

—No están las señoras, caballero.

—¡Hola! ¿Pues adónde han ido? Sin duda de compras—dijo jovialmente.—No tardarán en volver. Voy á esperarlas.

Sofía le miraba atónita, conmovida, sin poder darse cuenta exacta de la situación.

—¿Pero el señor no sabe?...—dijo.

—¿El qué?

—Que las señoras están de viaje.

—¿De viaje?... ¡Sio prevenírmelo! ¡De viaje!—repitió. ¿Qué viaje tendrán que hacer? Debéis estar equivocada, Sofía.

—¡No, señor!—contestó toda trémula viéndole palidecer.

—¿Y cuándo volverán? ¿Tal vez mañana?

—No, creo que no—balbuceó Sofía.—Estarán ausentes mucho más tiempo.

—¿No me han escrito? ¿No han dejado una esquila para mí?